

ESTUDIOS TRASANDINOS

REVISTA DE LA ASOCIACIÓN CHILENO-ARGENTINA DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS E INTEGRACIÓN CULTURAL

Volumen 16 Número 1 (2010)

## **TERRITORIALIZACIÓN MATERIAL Y SIMBÓLICA, O LA PERMANENTE INVITACIÓN DE PEDRO NAVARRO A INVESTIGAR**

Paula Gabriela Núñez<sup>1</sup>

El trabajo de Pedro Navarro Floria tiene, a mi entender, dos dimensiones profundamente imbricadas que quisiera destacar: la lucidez de indagaciones que revisan lo material a la luz de los sentidos desde los que se fue constituyendo esa materialidad y el enorme afecto y respeto con que signó las prácticas y tradiciones de trabajo que fue edificando.

En lo personal, encontré a Pedro en mi carrera académica cuando indagaba en la problematización de las sociedades con sus entornos, tomando como espacio de inspiración la región nahuelhuapeña. Pedro dictaba un curso junto a Leonardo Salgado comparando el desarrollo de la historia social con la historia natural, un tema que iba de lleno al corazón de mi estudio. La noción de “naturaleza” se tensionó desde la pluralidad de miradas que Pedro supo reconocer en la modernidad proyectada sobre Patagonia. La divergencia de proyectos en disputa, un tema largamente trabajado y publicado en sus libros “Patagonia: ciencia y conquista. La mirada de la primer comunidad científica argentina” y “Paisajes del progreso. La resignificación de la Patagonia Norte. 1880-1916”, evidenció la profunda imbricación entre el discurso científico y la práctica de investigación, con la formación y legitimación del Estado liberal ilustrado que fue el que incorpora este espacio, reduciéndolo desde muchas perspectivas a la noción de recurso.

La metodología de trabajo que proponía Pedro, para avanzar en una línea de reflexión más compleja merece particular atención, su erudición fue un estímulo que favorecía el cruce de las preguntas que surgían en el seno de las reflexiones filosóficas y se hundían en el terreno de los procesos materiales que revisábamos. Específicamente, para la región del lago Nahuel Huapi, la apropiación de un territorio devenido en Parque Nacional nos permitió considerar la variedad de visiones edificadas en torno a “lo natural” y contrastar estas concepciones con memorias gubernamentales y debates legislativos que muchos sospechábamos que conocía de memoria. La representación de los Parques como sinónimos de avance del conocimiento científico se explicitaba, incluso, en la primera carta de donación de

---

<sup>1</sup> CONICET/IDyPCa/UNRN. Correo electrónico: paula.paulagabrielanu@gmail.com

Moreno. Sin embargo, la idealización de una naturaleza estructurada en un modelo “foráneo” - que llegó a idealizar las plantas de otros continentes por sobre las especies autóctonas, y de hecho intentó reproducir en el entorno botánico y zoológico las reminiscencias de paisajes alpinos-, permitió reconocer que, antes que un conocimiento propio, se fuera edificando una jerarquía social que tomaba a ese paisaje como fundamento de “lo que debía ser” antes de lo que “era”. La reconstrucción de la memoria social, del pasado y, de hecho, la refundación de un origen en la década del '30 son algunas de las líneas que estábamos recorriendo antes de avanzar en la segunda mitad del siglo.

La pregunta que nos convocaba, y que aún nos motiva, era por la apropiación material y simbólica de norpatagonia. Las respuestas (siempre fragmentarias) que fuimos redactando, o encontrando en muchos colegas, pintaron una situación heterogénea, en la cual, la particular apropiación del Nahuel Huapi evidenciaba proyectos en disputa cuya herencia fue, en muchos casos, la apertura de heridas sociales que aún no se terminan de solucionar.

Pero Pedro no se quedaba en la fascinación del “gran lago”. Su pregunta era por la Patagonia, por el modo en que se fue dibujando, trazando, imaginando, conociendo, estudiando y finalmente apropiando esta enigmática región que se complejizaba en la medida que los focos se acercaban a los procesos locales. En sus escritos puso en evidencia la densidad de ideas y conceptos que sustentaron prácticas que, desde otras visiones, se asumían como erráticas y no como resultado de espacios de poder en tensión.

La lectura de sus investigaciones, y la herencia que al menos a mi me resulta indispensable, es la imposibilidad de comprender procesos patagónicos si no evidenciamos el vasto entramado de ideas y fundamentos que operaron y sostuvieron la vasta heterogeneidad de este espacio a un simple nombre “Patagonia”. El trabajo de Pedro evidencia el permanente redescubrimiento de este territorio como un potencial a desarrollar, y desde el siglo XIX hasta avanzado el siglo XX la Patagonia como promesa se reedita en los más variados contextos ideológicos. Promesa y peligro de un territorio enigmático y alejado, donde el Estado llega poco y tarde, son repeticiones recurrentes que fueron naturalizando vinculaciones asimétricas y dependientes que se edificaron en relación con el espacio estudiado.

Pedro, además de un lector incansable de fuentes, era un educado y comprometido lector de historia patagónica. Revisaba en detalle la producción de publicada, los avances que se proponían desde otras líneas de investigación con las que planteaba diálogos permanentes. La comprensión de miradas alternativas era algo que lo atraía particularmente, tanto en la lectura de colegas como en la revisión de las planificaciones que indagábamos. Este ejercicio de lectura que iba incorporando en quienes trabajábamos con él, estaba lejos de tomar sus propias reflexiones como centro. Antes que su propia obra, siempre nos invitó a leer sus autores de referencia. Quienes investigábamos a su lado muchas veces nos sorprendimos encontrando artículos suyos que, al leerlos, nos ayudaban a estructurar nuestras reflexiones y que él no nos había mencionado más que por arriba.

La escasa autoreferencia en el trabajo tuvo una dimensión pocas veces vista. Recuerdo un congreso donde un ponente en particular para cada respuesta sugería leer un artículo propio, e incluso indicaba como encontrarlo en internet. No imagino a Pedro haciendo algo parecido, sí indicando otros autores, nuevos fundamentos para los problemas, prestando libros y revistas pero jamás tomando una actitud que hiciera llegar a sospechar que imponía una perspectiva o punto de vista. Frente a sus becarios se presentaba como par, escuchaba ideas con el máximo interés, escribía en colaboración, incorporaba nuestras consideraciones, y fomentaba la reflexión libre. Educaba nuestra libertad con las herramientas del respeto, y usaba esa misma vara para leer a sus colegas. La constructividad de sus críticas era por demás llamativa; desde ese cuidado, la indagación de las diferentes concepciones que estudiábamos, se multiplicó adiestrando nuestra sensibilidad en la escucha de visiones diferentes. Aún tengo, entre los comentarios a un curso que estábamos preparando en grupo una mención que pregunta “¿no será mucho material nuestro?” indicando una corta serie de cuatro artículos que lo tenían como protagonista. El respeto por el pensamiento del otro era una actitud permanente.

En los últimos meses estábamos trabajando en la sistematización de documentos que indagaban la primera mitad del siglo XX y nos situaban en los procesos del peronismo en este territorio. Buscábamos avanzar en el modo en que la Patagonia homogeneizada se presenta al país como fuente de energía, es decir, estábamos tratando de avanzar sobre construcciones políticas que no repararon mayormente en la conformación territorial de este espacio, sino que favorecieron la imagen central de “fábrica de energía” durante la segunda mitad del siglo XX. Nos atraía la idea de indagar en los planes de desarrollo a diferentes escalas institucionales, buscando la pluralidad de sentidos con que se invistió al término “desarrollo”, sobre todo porque tras la noción de “progreso” que subyace se oculta un cambio que no contribuyó a un desarrollo autónomo de la región sino, al contrario, a la consolidación de una lógica colonial interna que actualmente tensiona las relaciones.

En la región que nos ocupa, nos atraía otra dicotomía en particular: la tensión implícita entre los espacios “a-desarrollar”, esto es, aquellos donde se proyecta la estructura productiva específica, y los otros que se asumen fuera de esa producción, por ser ámbitos desestimados como ejes económicos –como la región de línea sur– o por ser regiones donde el privilegio del cuidado de la naturaleza llevaba a asumirlas como fuera de la esfera productiva y desconocerla como ámbito económico. Los Parques Nacionales son los casos más paradigmáticos en este sentido.

La lógica de enclaves, tan claramente explicitada en el período territoriano, se repitió en las nacientes provincias con formatos propios, y esas diferencias y similitudes convocaban nuestra curiosidad. Y el camino que trazaba Pedro para recorrer esas preguntas tuvo dimensiones de sutileza que no puedo dejar de mencionar. Sus ojos miraban con sumo cuidado las diferentes construcciones de imaginarios, reconocía las tensiones y las asimetrías, pero buscaba profundizar en las construcciones de sentido múltiples que se proyectaron en el espacio. Y en esta

búsqueda generó un ejercicio de intercambio permanente, cuyos avances más significativos aún se reconocen en las Jornadas de Historia de la Patagonia y los encuentros con investigadores chilenos. De hecho, tan pronto llegó a Bariloche ideó un proyecto de intercambio entre universidades argentinas y chilenas que tuvo al corredor Araucanía-Norpatagonia como excusa de encuentro.

Pedro generaba encuentros porque sabía escuchar, recuerdo que en el primer taller una de las exposiciones avanzó sobre el tiempo estipulado y yo me acerqué a Pedro para sugerir que cortáramos esto de alguna manera, él me miró, me sonrió y siguió escuchando. Y en esta actitud de priorizar los fines por sobre las formas ayudó a generar un clima de intercambio y camaradería que no se hubiese logrado si, como yo pretendía, poníamos las formas sobre los fines. Pedro lograba generar un clima de trabajo cordial a partir de su propio esfuerzo, y con un alto ejercicio de comprensión hacia los diferentes hábitos de investigación. Y esa capacidad la proyectaba en la lectura de documentos.

Uno de las reflexiones más enriquecedoras fue el análisis del escrito de José María Sarobe “La Patagonia y sus problemas” de 1935. Esta lectura detallada volvió a sorprendernos con la actualidad de reflexiones que tienen más de setenta y cinco años en un escenario que parece cambiar día a día. Las preguntas acerca de qué se modifica y qué permanece en este espacio tan particular caen ineludiblemente frente a nuestros ojos, y desde este marco la “fábrica de energía” comenzó a tomar forma de problema. Bajo una sola palabra, “Patagonia”, se ocultan pluralidades de escenarios, paisajes, relaciones, modos de vida, actores. Algunas de las principales conclusiones que se desprendieron de la revisión del territorio a ambos lados de la cordillera es que los tiempos varían, según los recortes y agencias de referencia, la ilusión de los tiempos lineales emergió vinculada a la temporalidad de los sectores que se constituyeron hegemónicos en los procesos de desarrollo, los sectores económicos privilegiados de Santiago y Buenos Aires aparecieron claramente en el siglo XX marcando el ritmo de integración de estas regiones sureñas y alejadas. Desde esta perspectiva los espacios perdieron su imagen fija para reconstruirse a partir de las visiones cristalizadas en las dinámicas de los vínculos, la geografía se erigió cada vez más en el ámbito teórico con el que poníamos en diálogo nuestras fuentes históricas. Las agencias que tomamos nos llevaron a superar las instancias individuales para presentar esferas más amplias de reconocimiento de actores. Las luces y sombras de reconocimiento a las actividades nos permitieron avanzar en la problematización de formas de vida materiales que se oponían a la imagen e ideas que se proyectaban desde esferas gubernamentales hacia el espacio. El vínculo con Chile en la región nahuelhuapeña resultó paradigmático en este sentido, cuando la lógica histórica de poblamiento se visualizó como antagónica al cambio que se propuso en la década del '30 desde la Dirección de Parques Nacionales.

El estudio de la obra de Sarobe nos permitió abrir interrogantes sobre la permanencia de las estructuras coloniales que aún perviven en proyectos de crecimiento vigentes. Sobre todo porque las reflexiones del militar interpelan a la organización que se está estableciendo en estos años, a partir de reivindicar a los pobladores de pocas parcelas de tierras fiscales, en quienes reconoce la base del

futuro desarrollo, en contraposición a los terratenientes que resultan largamente favorecidos en este período. La reivindicación de una vinculación estratégica con Chile discutía la concepción de frontera cerrada que se estaba constituyendo sobre la cordillera, y el reclamo por la posesión pública de la región de los lagos denunciaba directamente la venta direccionada que iba en contra al espíritu mismo de la creación del Parque Nacional. Pedro reconoció en *La Patagonia y sus problemas* un cierto estado de las representaciones nacionales sobre la región, cada una de ellas consistente con distintas prácticas de formación territorial, infraestructurales y políticas en general.

Esta obra se destaca por la intuición de la necesidad de políticas públicas activas, y el eje sobre el cual avanzamos fue el nuevo diagnóstico que en 1935 se plantea sobre el fracaso de la nacionalización del espacio y de la sociedad patagónica. Sobre todo porque evaluaciones similares se habían presentado a principios del siglo XX, pero que en el '35 se repetían con una nueva connotación. Si para 1900 los sectores dominantes coincidían en señalar la inadecuación y la insuficiencia de los medios propuestos en la década de 1880 para lograr la nacionalización del territorio recientemente apropiado, y proponían un nuevo impulso conquistador caracterizado por el colonialismo interno -el sometimiento material sumado a la postergación deliberada de la autonomía política y la ciudadanización-, en los años '30, de vuelta en el poder nacional los conservadores herederos de los desplazados en 1916, se revela que ese colonialismo interno propuesto por los liberales reformistas tampoco se realizó aún; que las inmensas energías y recursos que la Patagonia guarda para la nación todavía duermen sin ser aprovechadas. Y este imaginario que se reitera, vuelve a presentarse en las planificaciones que el peronismo proyecta sobre el territorio patagónico. Tierra al servicio de un desarrollo nacional que la toma como recurso y no como fin, sobre estos ejes pivoteaba el trabajo que compartíamos y de esta mirada heredamos las preguntas que orientan los pasos que, ya sin su guía, estamos dando.